

## **DOMINGO DE LA ASCENSIÓN**

**1ª lectura** (Hechos, 1, 1-11): *Lo vieron levantarse, hasta que una nube se lo quitó de la vista.*

**Salmo** (46, 2-3.6-7.8-9): *«Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas»*

**2ª lectura** (Efesios, 1, 17-23): *Y todo lo puso bajo sus pies.*

**Evangelio** (Marcos 16, 15-20): *El Señor Jesús subió al cielo y se sentó a la derecha de Dios.*

El Padre como fuente eterna de vida había engendrado a su Hijo desde toda la eternidad. Por Él, su Palabra había dicho todas las cosas y estas cosas comenzaron a existir. La fuerza creadora del Espíritu desplegó las pequeñas palabras a lo largo y ancho del universo. Cada creatura no es sino el balbuceo de la eterna Palabra del Padre. Y en el punto culminante de su obra Dios coloca al ser humano: *«a imagen suya los creó, varón y mujer los creó»*. Cada ser humano es un reflejo de la Imagen eterna del Padre. Cada ser humano es palabra única, pronunciada una sola vez por el Padre.

**¿Cómo no iba a amar Dios al mundo? ¿Cómo no regocijarse de tanta belleza que había salido de sus manos? ¿Cómo no compadecerse del extravío de los hombres cuando estos se dejaron seducir por el pecado? ¿Cómo no hacer todo lo posible por restaurar en cada uno de ellos la imagen de su Imagen eterna?** Por eso, cuando llegó la plenitud de los tiempos, *«Dios nos envió a su Hijo, nacido de una mujer»*.

Jesús de Nazaret, la Palabra omnipotente hecha palabra humana. Él era el enviado del Padre. Concebido por obra del Espíritu, se fue gestando en el vientre purísimo de María, su madre... y continuó su vida silenciosa en Nazaret, hasta que llegado el tiempo oportuno. Él, que existía desde siempre como Hijo de Dios, por amor al género humano, se anonadó, se humilló, se hizo obediente.

El rechazo de algunos no fue obstáculo para amar a los suyos hasta el extremo. Su muerte en cruz es el culmen de la injusticia humana, pero es también simultáneamente el culmen del amor divino: *“el Espíritu entregado, el Hijo muerto y las lágrimas del Padre”*. Sin embargo, el Amor de Dios, el amor misericordioso de Dios perdona y da vida. Le da la vida a su Hijo amado y a nosotros nos perdona y nos da vida también. Cristo resucitado de entre los muertos es el signo del amor victorioso de Dios sobre las fuerzas de la muerte que actuaron y siguen actuando para tratar de destruir su obra, y *«Entre voces de júbilo, Dios asciende a su trono»*.

Hoy el cielo está de fiesta, y el universo también. Imaginemos la alegría en el seno de la Trinidad: el Padre gozoso de recibir a su amado Hijo. De Él salió y a Él volvió. Hoy el Hijo retorna victorioso sobre la muerte, al seno del Padre. Imaginemos el abrazo de ese Padre amoroso que recibe junto a sí a su Hijo fiel.

**¡Miremos a la tierra!** De sobra sabemos que no podemos hacer grandes cosas en la tarea que se nos encomienda si no levantamos los ojos al cielo para recibir el aliento necesario para intentarlo en nombre de Jesús. Pero no podemos quedarnos mirando al cielo, tenemos que volver nuestra mirada a la tierra.

Transformar la creación es el horizonte de nuestra humanidad, ahora tecnológica y global. El ser humano, capaz de modificar la naturaleza, se ha convencido a sí mismo de que tiene un destino que lo impulsa: *“humanizar”* transformar humanamente la creación. Ello implica que la creación es mejorable, y que la *“forma”* de humanidad que construimos será la que la *“transforme”*. Ahora bien: **¿y si esa forma, en lugar de mejorarla, la estuviera empeorando?**

Las transformaciones de la tecnificación e industrialización se acompañaron de la ilusión de que labrar la piedra o cultivar la tierra no solo servían para obtener más mineral o más producción, sino también para crear un mundo a imagen y semejanza del hombre cultivado, la humanidad y su cultura. Pero tales ilusiones albergaban también el deseo de manipular la creación con manos humanas, fabricándola en fábricas, laborándola en laboratorios, y echando fuera los desechos producidos: una humanidad que acaba transformando la creación en su propio vertedero.

Otras transformaciones paralelas de la modernización e ilustración estaban convencidas de que al mundo le sobraba *“encanto”* y *“encantadores”*, y le faltaba el rigor, las ciencias y sus leyes. La religión, artífice del encantamiento del mundo, tendría que ser superada. Hoy, entre nuestros productos de consumo y desechos vertidos en bosques, océanos y atmósferas, es muy difícil descubrir en la tierra la encantadora *“forma”* de su creación divina.

La *“metamorfosis”* de la oruga en mariposa, sin embargo, nos hace descubrir algo diferente: que el encanto de la creación reside en su propia forma, que la oruga tiene forma de mariposa. La *“metamorfosis”* que el Nuevo Testamento nos presenta hoy en las lecturas, la de Jesús ascendiendo con forma divina al cielo, nos hace descubrir que en el mundo creado habita el Dios que no ha dejado de transformarlo, de darle su forma, a través de encantadores signos que nos hacen mirar al cielo.

Pero en lugar de buscarlos en las nubes, hay que descubrir y hablar de esos signos de Dios en esta tierra creada: frente a todo mal, contra todas nuestras tentaciones por transformar lo creado de una forma perversa, o ante la condición humana misma, marcada por la muerte y la enfermedad. En ello consiste la Buena Noticia del Evangelio que Jesús nos invita a proclamar a toda la creación, metamorfoseada ya por su Reino.